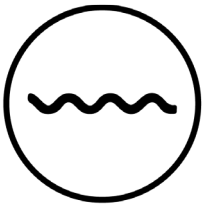

El llamado de la especie
© Sergio Chejfec
ISBN: 978-631-00-7407-8
Primera edición
Buenos Aires, 2025

Imagen de cubierta: Marla Zakai
Diseño de portada: Luana Sánchez

Colección Narrativa
Editorial Mar de Fondo
mardefondoediciones@gmail.com

Sergio Chejfec

EL LLAMADO DE LA ESPECIE

mar de fondo

EL LLAMADO DE LA ESPECIE

VUELTA

Este poblado se ve silencioso. Nadie camina. El sol brilla en las paredes de las casas, que parecen más altas gracias al declive de las calles. Es el momento de la siesta, la hora cuando se descansa en un simulacro de noche. Irregulares, los techos rojos repiten la pendiente de la barranca como si fueran tejas rotas abandonadas sobre la tierra, escalones casi silvestres que nadie pisa y todos agradecen. Los ángulos de estos techos, inverosímiles, son perceptibles gracias a los de las ventanas, completamente irregulares. A veces un árbol mediano impone su referencia con la vertical; y es entonces cuando el paisaje se vuelve más raro. Al final del declive está el agua, que soporta tranquila mientras todo el pueblo se derrama de a poco sobre ella.

COMIENZO

Con Estela teníamos varios temas naturales de conversación. Mientras me acercaba a su casa el tema se abría paso con lentitud, por acción de nadie, por omisión de ambas, hasta que al reunirnos un acuerdo tácito, reflejado en la inclinación de las espaldas ante la mesa de té, en nuestro tono de voz entre el murmullo y el diálogo, en la sintonía previa del saludo distraído, señalaba que silenciosamente se había impuesto. Entonces, como una ceremonia que no requiere protocolos porque nada la amenaza, el tema del día atravesaba las horas de la velada entera, aún más presente, por supuesto, cuando en apariencia habíamos cambiado de tema. No hay placer más vertiginoso que seguir hablando de lo mismo mientras se habla de otra cosa; se parece a la exaltación del niño cuando en las aglomeraciones da un rodeo entre el tumulto, arriesgándose a perderse, para abrazar a los mayores desde el costado imprevisto. El duende de la conversación es más fiel y perseverante de lo que aparenta; aunque los demás no se enteren, nada se abandona a su ausencia.

Recordar a Estela hoy me parece banal. Una banalidad que no se relaciona con ella, sino conmigo. También me provoca un tedio mortal. Hubo sin embargo tardes memorables, en especial cuando nos sometíamos a los duendes de la charla, al abandonarnos y

quedar en silencio durante largas horas. ¿Qué fuerza o poder me mantuvo a su lado, aferrada a sus modos y a su «sencilla naturaleza», como ambas pretendíamos que era? ¿Qué cosas encontraba yo en nuestro espacio de dos, según veo ahora saturado en ese entonces de amenazas? Las personas son capaces de vivir sin cambiar de sitio, satisfechas con el que les ha tocado. Aquí utilizo la palabra sitio en un sentido amplio, porque también me refiero a la gente, a los individuos que todos los días rodean a alguien; y si la palabra sitio no fuera tan vaga, sino más bien precisa, no estaría refiriéndome a un solo lugar en particular, sino a los múltiples lugares que conforman un sitio.

No hace falta describir nuestras conversaciones, pero sí mencionaré una esencial, a su modo definitoria, que durante varios días nos absorbió y mantuvo distraídas; una distracción que a mí particularmente me iría ganando, *distrayendo* hasta casi transformarme. Se trató de la importancia que se le da a la gente que llega, y la escasa de quienes se van. En cierto modo era lógico que habláramos de ello: el pueblo nos parecía muy pequeño, unas pocas manzanas sin aspiraciones, no siempre edificadas. Los temas eran digresiones, paréntesis que oponíamos a los otros, abrumadoramente amplios, representados por la vida misma. O sea, paréntesis sobre paréntesis. Sin embargo, nada se reducía ni condensaba; todo mantenía su intolerable duración original. Aquel debate sobre los arribados sería uno de nuestros últimos temas —opuesto al de semanas previas, cuando habíamos hablado sobre la importancia de los que se van, aunque desde la perspectiva de ellos mismos—. Sin advertirlo hasta después encontré en la idea de partida la misma atracción, breve pero intensa, que siente un niño frente a una débil llama. Y esa luz me trabajó durante más tiempo de lo que dura cualquier fuego.

TEMA RESUMIDO

Estaban los nuevos fugaces, individuos que no morirían jamás pero se extinguirían pronto, cuando el tema del día siguiente los borrara, quedando de ellos un ademán señalado sin elocuencia, como la mirada blanca de un hombre (con Estela decíamos «varón») cuando es incapaz de entender algo. Alguien se va y deja su memoria —al menos eso creen muchos— creímos nosotras aquel día, pero la verdad es que deja menos: gestos incompletos y sentimientos encontrados. En estos casos el pensamiento no pasa de ser el sueldo barato del recuerdo; un producto trajinado sin beneficio. Porque la estela de la palabra recuerdo se desliza por el costado de las personas sin despertar a nadie; se alcanzan verdaderos recuerdos de las cosas o las circunstancias. «De las personas», adujo Estela, «debemos conformarnos con sus rastros». Pero de cualquier forma como se los llame, igual impera el olvido, un fondo de sinrazón. Más de una vez esgrimí la deliciosa impaciencia de quien se queda cuando recibe la noticia de alguien que se va; siente subir la alegría por los brazos, dichoso por anticipado ante la amnesia que vendrá. Y enseguida lo borra, el olvido sella la curva de los párpados, siente brotar de las cejas un sudor cargado de presagios y le quedan los labios bien rígidos, tapiados; jamás una palabra sobre el huido, el desgarrado: más lugar, más lugar, más tiempo para los quedados.

Entrada la noche, antes o después de comer, el marido de Estela se incorporaba al grupo. Julio tenía una extraña y envidiable virtud: aunque hablara, siempre permanecía ajeno. Su presencia se conjugaba con los temas: como persona era algo incontrovertiblemente cierto, firme, un cuerpo hacia el que solo necesitábamos extender el brazo para tocar, y, sin embargo, una materia inasible se organizaba alrededor de su piel, en especial sobre los labios, y se difundía según el ritmo de la respiración trastornando su misma corporeidad hasta casi deshacerlo.

Las veladas con Julio y Estela transcurrieron iguales, repetidas por mucho tiempo. Julio y Estela, qué dupla. Una pareja adormecida, sinuosa. Más adelante referiré los éxitos de uno y las intrigas de la otra. Por ahora señalo el cálido amparo, la protección, que la compañía de ambos me inspiraba. Una protección que después se comprobó engañosa, es cierto, pero que entonces parecía efectiva. Ambos exhibían una rareza primaria, como si las acciones solo pudieran alcanzar la etapa inicial de su concreción, desvaneciéndose el resto. Ese tipo de comportamiento irresuelto, más bien incompleto, que hacía pensar en la conducta de una especie animal todavía sin definir ni especializarse, que debía aguardar el largo paso del tiempo para precisar mejor sus atributos; ese extravío fugaz que los dejaba absortos, exponiéndolos sin defensa a las sorpresas del azar, todo eso me cobijaba con su calor y, debo reconocerlo, también con su permanente displicencia. Otro de los rasgos habituales de Julio: está por decir algo cuando de pronto se detiene; sus facciones se paralizan y los gestos se coagulan, congelados en una vacuidad sin tiempo. Todavía hoy vacilo en pensar si se arrepentía o se olvidaba de lo que iba a decir. (Estela, acostumbrada, se anticipa al gesto y sigue con lo suyo.)

En esa época yo actuaba como un escenario de sujeto único, impasible y a merced de los días. Del tiempo no quedaba nada,

dicho esto en un sentido literal; era un vacío disponible que se renovaba. Podían ocurrir las cosas más insospechadas sin provocar en mí la reacción más tibia, para no hablar de sobresaltos. No se trataba de haber puesto en práctica mis tendencias contemplativas ni de ejecutar una épica de la quietud; era un estado más elemental, la impresión de que la mente era una masa compacta y viajaba en un mar de algodón, en cualquier caso un medio donde daba igual hundirse o seguir flotando, y donde todo era igual, tanto en el avance como en el retroceso. Yo sentía que este mar aislaba y circunscribía mis neuronas (o lo que fuera que hacía funcionar o subsistir a mi conciencia) de tal modo efectivo que, sedadas en esa placidez, renunciaban a ocuparse de lo suyo. Una tarde estaba tras la ventana, absorta como de costumbre, los ojos perdidos, la atención flotante, cuando vi aproximarse una persona. Era un hombre: «Un llegado», murmuré impasible. Me distrajo la luz sobre la ventana, confundiendo lo que estaba más allá, el denominado panorama (la calle, unas casas, algo de verde en sus distintos tonos y profundidades, y poco más). Me intrigó la coincidencia entre ambas cosas —una intriga tonta, sin significado, en la medida en que vivimos rodeados de coincidencias semejantes.

CIERTA ESCENA

Por esas curiosas relaciones que se establecen en la mente, a veces fugaces, recordé entonces un momento de infancia: durante una fracción de segundo se hizo ostensible cierta escena que jamás había dejado de irradiar una luz, a medias lejana y a medias familiar. Era mi costumbre infantil de espera vespertina, que cumplía todos los días sentada sobre el piso del patio; aguardaba la llegada de mi padre y mientras tanto imaginaba precipicios en las junturas de las baldosas y en los bordes de los canteros, y desiertos extensísimos en las zonas de indecisión, donde no había nada, solo tierra seca entre lo edificado y el sector del jardín siempre irresuelto. En esa época era el mundo en miniatura, que tenía en cada baldosa un continente y en el fondo de la casa el universo; era ese mundo en miniatura lo que me sumía en la pasividad, una escala ampliada donde reducir los movimientos hasta la ilusión, una transfiguración del reposo. Llegaba siempre a la misma hora. Aunque mi padre ya pudiera olvidar los peligros del mundo exterior, aunque pudiera olvidarlos hasta el otro día, caminaba a tientas por el pasillo que venía del frente: la amenaza continuaba dentro de él como una presencia efectiva. Luego se asomaba al patio, adelantando su cabeza con un movimiento un poco inopinado, o sencillamente brusco, semejante al de las marionetas.

Entonces me parecía un gigante cierto, verdadero, de la misma forma como podía parecerlo cualquier padre —o cualquier adulto— para cualquier niño; su dimensión gigantesca era la medida de la realidad. Al verlo, cualquiera fuera en ese momento el pensamiento, se desvanecía en mí el idilio de la miniatura, desaparecían los precipicios. Él me rescataba del mundo minúsculo, repleto de detalles de fantasía.

Una tarde escuché sus pasos, y al cabo de una breve e inusual demora que me intrigó, pues era ostensible, la marioneta apareció maltrecha. Estaba cubierto de sangre, que había vertido en torrentes por la nariz y un ojo. Ahora la camisa daba prueba de ello, con ese color marchito que sin embargo vibraba, silvestre, tomando la forma de goterones y recorridos. Alcanzó a murmurar mi nombre y cayó desplomado. Más tarde, las moscas con las que yo había estado jugando, un juego que de su parte consistía en no dejarse atrapar, se abalanzaban voraces sobre las manchas del piso, ahora lentas frente a mi amenaza real.

Desde entonces cambiaron los pasos de mi padre; lo que antes fuera un andar plácido pero que indicaba cierta agilidad, su cuerpo siempre flexible y resuelto ante el movimiento más inesperado, ahora se convertiría en un tranco desmañado cuyo ritmo espasmódico hacía imposible advertir a qué altura del pasillo estaba. Era como un paso seguido de un contrapaso; el primero señalaba y el segundo desorientaba. Pese a estar seguro del lugar adonde se dirigía, de querer llegar allí, como sucede con todo ser vivo, por la vía más corta y con el menor riesgo, lo suyo era un caminar a tientas, un andar con relación al cual incluso la ceguera más completa habría tenido un efecto más benéfico. Hasta el día de la agresión, todo había estado esperándolo, siempre; su llegada, semejante por ejemplo a la de las aves del barrio, se plegaba sin violencia a la naturaleza de la tarde; en cambio ahora la interrumpía, y muchas

veces la trastornaba hasta la mañana siguiente. Antes pronunciaba mi nombre con anhelo, era un arrobo singular que le nacía imprevisto, pese a la rutina de encontrarme; ahora su garganta también trastabillaba, una voz quebrada que no le hablaba a mi presencia sino a la imagen de su propio estupor, sobre mis ojos.

En esa era de catástrofes referirse al tiempo y sus hitos convencionales representaba una abstracción alejada de lo terrenal y concreto; el tiempo dejó de dividirse según las horas, los días, las semanas, etcétera, para hacerlo en virtud de las idas y venidas, los golpes de bastón y aparejos metálicos. También los sitios, los lugares, se redujeron a categorías esenciales: afuera y adentro, peligro y seguridad; el mero nombre de cada sitio como conjetura improbable de su existencia real: la calle, una explanada necesaria y forzosa; el barrio, una proliferación de vacío que se ensañaba justamente contra nosotros exhibiendo lo peor de sí, su materialidad más desatada. Y la huella del peligro que tiempo y espacio, si exteriores, contenían se marcaba profunda en el cuerpo doliente de mi padre. Por ello y previsiblemente, hacia adentro de la casa el aire se cargaba de climas y temores irrespirables, escudados en la promesa de las paredes, su simulacro de contención. Vivíamos una felicidad teatral, celebrando cualquier momento del día por las razones más inexplicables y exaltando la intimidad con ademanes primarios. Incluso a mí, en edad preescolar, aquella vida me parecía de una rotunda puerilidad. Mi madre se volcaba de cuerpo entero sobre esa puesta en escena diaria; una actuación, como ya dije, colectiva, con ejecutor y público conjugados en la persona de mi padre, de la cual sin embargo mi madre era la conductora última. Sería muy fácil seguir comparando sus movimientos con los de las marionetas, pero lo cierto es que mi padre era quien manejaba los hilos, precisamente con su cuerpo que parecía dirigido.

Aquella tarde, al asomarse al patio, durante el breve instante que demoró en caer, sentí, aunque no sea la palabra adecuada, su renuncia a mí, la indiferencia. Un parpadeo de tal modo particular, un destello sufriente en la pupila. Si no me despreció desde entonces y para siempre, en todo caso lo hizo con una intensidad que compensaría cualquier altibajo. Sus ojos vacilaron más de lo que su propio dolor, estoy segura, podía permitirlo. Esa breve fracción de tiempo inauguró la era del desdén: yo seguiría esperando como siempre; él ya no podría ser el mismo al llegar, y pese a eso, todas las tardes, tendría que seguir llegando. Por eso fui incapaz de reaccionar. Por otra parte reacción, verdadera reacción, es una palabra errada para referirse a la conducta. Las personas no reaccionan, esperan. ¿Qué podía representar una niña jugando a cazar moscas para un padre casi desvanecido, en el límite de su resistencia?